

dad lleva consigo una serie de poesías gratas ó terribles. No pasa hora en que no deje sentir sus goces ó sus temores. Por la noche, en mi cuarto, llega la hora en que me toca soñar despierta, dedicándome á arreglar sus destinos. Su vida está entonces iluminada por la sonrisa de los ángeles que veo á su cabecera. Algunas veces, Armando me llama en sueños, y corro sin que él lo sepa á besar su frente y los pies de su hermana, y contemplo á ambos extasiada. He aquí mis fiestas. Ayer, nuestro ángel guardián me sugirió la ocurrencia de ir á media noche, muy inquieta, á la cuna de Athenais, que tenía la cabeza demasiado baja, y encontré á nuestro Armando todo descubierto y con los pies morados de frío.

—¡Oh! mamita—me dijo despertándose y abrazándome,

He aquí, querida mía, una escena de noche.

¡Cuán útil es á una madre tener á sus hijos á su lado! ¿Puede ninguna criada, por buena que sea, cogerlos, tranquilizarlos y dormirlos cuando alguna horrible pesadilla los ha despertado? porque te advierto que los niños tienen horribles sueños, y el explicárselos es obra tanto más difícil, cuanto que los niños escuchan entonces á su madre con los ojos dormidos al par que extraviados, y su mirada es estúpida é inteligente á la vez. Están entre el sueño y el temor que les causó la pesadilla. Por todas estas razones, mi sueño se ha hecho tan ligero, que oigo á mis pequeños y los veo á través de la gasa de mis párpados. Un suspiro, un movimiento me despierta, y el monstruo de las convulsiones parece que está siempre acurrucado al pie de sus camitas.

Al amanecer, el gorjeo de mis dos hijos empieza con los primeros gritos de los pájaros. A través de los velos del último sueño, su guirigay se parece al murmullo de la mañana, á las disputas de las golondrinas, á los pequeños gritos de alegría ó de queja, que oigo yo más bien con el corazón que con los oídos. Mientras que Nais procura llegar hasta mí, ejecutando el paso de su cuna á mi cama arrastrándose sobre las manos y dando inseguros pasos, Armando se encarama con la astucia de un mono y me abraza. Estos dos pequeños hacen entonces de mi cama el teatro de sus juegos, y la madre está por completo á su discreción. La pequeña me tira los cabellos, quiere mamar siempre, y Armando defiende mi pecho como si fuese su bien. Yo no puedo resistir á veces á ciertas posturas y á ciertas risas que acaban por ahuyentar el sueño. Entonces se juega al ogro, y la madre ogro se come á besos esta

carne tan blanca y tan suave; acaricia á voluntad estos ojos, estas hermosas espaldas, y excita sus envidias, que son verdaderamente encantadoras. Hay días en que me propongo ponerme las medias á las ocho, y á las nueve aun no me he puesto una.

Por fin, querida mía, me levanto. Los tocados y lavados empiezan. Me pongo el peinador, me lo remango, me pongo un mandil, y baño y limpio á mis dos pequeñas flores, ayudada por Mary. Yo sola soy el único juez del grado de calor del agua, cuya temperatura es la causa de los gritos y de los lloros de mis niños. Entonces empiezan á jugar con los barcos de papel y con los patos de vidrio. Es preciso divertir á los niños para poder limpiarlos bien. Si supieses los mil placeres que hay que proporcionar á estos reyes absolutos para que consentan en dejarse pasar las suaves esponjas por todos los puntos de su cuerpo, te asustarías del talento y de la astucia que exige el oficio de madre, cuando éste se desempeña con gusto. Se suplica, se riñe, se promete, se usa una charlatanería tanto más superior, cuanto que debe estar cuidadosamente escondida. Nadie sabe lo que ocurriría si á la astucia del niño no hubiera opuesto Dios la de la madre. Un niño es un gran político, del cual se haría una dueña como se haría de un gran político... explotando sus pasiones. Por fortuna, estos ángeles se ríen de todo: un cepillo que cae, un trozo de jabón que resbala, y ya los tienes estallando de gozo. En una palabra, que si bien es verdad que los triunfos cuestan caros, al menos se obtienen. Únicamente Dios, los ángeles y tú (pues el padre no sabe nada de esto), podríais comprender las miradas que cambio con Mary cuando, después de haber acabado de vestir á nuestras pequeñas criaturas, las vemos limpias en medio de los jabones, de las esponjas, de los peines, de los cubos, de las franelas y de los mil detalles de una verdadera limpieza. En este punto, me he hecho inglesa, y declaro que las mujeres de este país poseen el genio para criar hijos. Aunque no consideren al niño más que desde el punto de vista del bienestar material y físico, no dejan de tener razón en sus perfeccionamientos. Así es que mis hijos llevarán siempre los pies envueltos en franela y las piernas desnudas. No irán nunca apretados ni oprimidos, pero tampoco estarán nunca solos. La esclavitud del niño francés, causada por su faja, es la libertad de la nodriza. Una verdadera madre no es libre. Por eso no te escribo yo, porque tengo á mi cargo la administración de mi casa y la educación de



dos hijos. La ciencia de la madre implica multitud de méritos ocultos, ignorados de todos, sin ostentación, una virtud detallada y una abnegación continua. Es preciso probar las sopas que se hacen al fuego. ¿Me crees capaz de olvidar ningún cuidado? La más insignificante atención contribuye á veces á recoger pruebas de afecto. ¡Oh! ¡es tan grata la sonrisa de un niño que encuentra excelente su comidita! Armando hace á veces movimientos de cabeza que valen toda una vida de amor. ¿Cómo dejar á otra mujer el cuidado, el derecho, el placer de soplar una cucharada de sopa que Nais encontrará demasiado caliente, ella á quien he destetado hace siete meses y que sigue acordándose del pecho? Cuando una *criada* le ha quemado la lengua y los labios á un niño con cualquier cosa caliente, le dice á la madre que acuda, porque es el hambre lo que le hace gritar. Pero ¿cómo puede una madre dormir tranquila con la idea de que alientos impuros puedan pasar por las cucharadas que ha de tragar su hijo, cuando la naturaleza no ha consentido intermediario alguno entre su seno y los labios de la criatura! Cortar la costillita que se ha de comer Nais, que acaba de echar los dientes, y mezclar esta carne con las patatas, es una obra de paciencia, y sólo una madre puede, en ciertos casos, hacer que coma toda su ración un niño que se impacienta. Ni numerosos criados, ni una buena inglesa de batalla, donde la amabilidad más extremada debe combatir los pequeños pesares y los dolores de la infancia. Mira, Luisa, es preciso cuidar á estos pequeños inocentes con toda el alma, y es preciso no dar fe más que á sus ojos ó á sus marcos para las operaciones de lavarlos, darles de comer y acosarlos. En general, el grito de un niño, cuando no es causado por un sufrimiento natural, es siempre culpa de la madre ó de la criada. Desde que yo tengo dos hijos y estoy próxima á tener tres, nada hay que ocupe mi alma más que ellos, y tú misma, á quien amo tanto, no estás más que en el estado de recuerdo. No siempre estoy vestida á las dos de la tarde. Por eso no he creído nunca en las madres que tienen su casa muy arreglada, y sus trajes y perifollos en orden. Ayer, que hacía buen tiempo, quise pasearlos antes de que el parto me lo prive, cosa que está ya próxima. Pues bien, para una madre, una salida es todo un poema, y se la promete la víspera para el día siguiente. Armando tenía que ponerse por primera vez una batita de terciopelo, una gargantilla que yo le había bor-

dado y una gorrita escocesa con los colores de los Estuardos y con plumas de gallo; Nais llevaba un trajecito color blanco y rosa, y una deliciosa gorrita de *baby*, porque es aún un *baby*. Cuando nazca el pequeñuelo, que me da ya pataditas, y á quien yo llamo mi *mendigo*, porque será el *benjamin*, Nais perderá el bonito nombre de *baby*. Gorras, gargantillas, botas, medias, zapatitos, cintitas de color rosa para las piernas, el traje de muselina bordado en seda, todo estaba sobre mi cama. Cuando estos dos pájaros tan alegres y que se entienden tan bien tuvieron sus cabellos negros, rizados el uno, ligeramente inclinados sobre la frente el otro; cuando los zapatos estuvieron abrochados; cuando estas pantorrillitas desnudas y estos pies tan bien calzados trotaban ya por la casa; cuando estos dos ojos animados dijeron: «¡Vamos!», yo palpitaba. ¡Oh! ver hijos adornados por nuestras manos, ver esa piel tan fresca donde brillan venas azules; verlos, cuando se les ha bañado y acicalado, adornados con los vivos colores del terciopelo y la seda, es mejor que un poema. Con qué pasión, satisfecha apenas, se les vuelve á llamar para besar por milésima vez aquellos cuellos, que una simple cintita hace parecer más bonitos que el de la mujer más hermosa. Estos cuadros que, representados en las más tontas litografías, llaman la atención de las madres, los hago yo todos los días.

Una vez fuera, cuando estaba gozando en mis trabajos y admirando á mi pequeño Armando, que parecía el hijo de un príncipe y que hacía caminar á la *baby* á lo largo de ese caminito que tú conoces, llegó un coche, quise separarlos, los dos niños cayeron en un charco de barro, y he ahí ya mis obras maestras perdidas. Fué preciso volver á casa y vestirlos de nuevo. Tomé á la pequeña en brazos, sin ver que estropeaba mi vestido, Mary se apoderó de Armando, y hémos ya de vuelta en casa. Cuando una *baby* grita ó un niño se moja, no hay que decir nada, pues la madre no piensa ya en sí para pensar en ellos.

Cuando llega la hora de comer, la mayor parte de las veces no he hecho nada; y ¿cómo he de bastar yo para servir á los dos, para ponerles los baberos, remangarlos y hacerles comer? Sin embargo, este es un problema que resuelvo yo dos veces al día. En medio de estos perpetuos cuidados, de estas fiestas y de estos desastres, yo soy la única cosa de la casa que permanece olvidada. Cuando los niños son malos, me ocurre á veces que llega la noche y aun tengo las papillotas en la ca-



beza. Mi tócado depende de su humor. Para tener un momento mío, para escribirte estas seis páginas, es preciso que les deje cortar las estampas de mis novelas y hacer castillos con los libros, con las piezas del ajedrez, y con las fichas de nácar; que Nais divida mis sedas ó mis lanas á su gusto, el cual es tan complicado, que emplea para satisfacerlo toda su inteligencia y pasa horas enteras sin chistar.

Después de todo, no puedo quejarme: mis dos hijos son robustos, libres, y sus diversiones son más baratas de lo que nadie pudiera imaginarse. Se consideran felices con todo, y gustan más de una libertad vigilada que de los juguetes. Algunos guijarros encarnados, amarillos, violáceos ó negros, pequeñas conchas, y las maravillas de la arena constituyen su dicha. Su mayor riqueza consiste en poseer muchas cosas. Observo á Armando, y veo que habla á las flores, á las moscas y á las gallinas, las imita y se entiene con los insectos, que le llenan de admiración. Todo lo que es pequeño les interesa. Armando empieza á preguntarme el *por qué* de todo; ha venido á ver lo que le decía su madrina, y para que veas que los niños tienen siempre razón; te toma por una hada.

¡Ay de mí! ángel mío, no quisiera entristecerte contándote estas felicidades; pero para que veas lo que es tu ahijado, te voy á relatar un hecho. El otro día, nos siguió un pobre, pues los pobres saben que ninguna madre, acompañada de sus hijos, les niega nunca una limosna. Armando aun no sabe que pueda haber nadie que carezca de pan, é ignora lo que es el dinero; pero cuando acababa de manifestar deseos de tener una trompeta, y en el momento en que yo le había complacido, se presentó este anciano pidiendo, y el niño le tiende la trompeta con aire regio, diciéndole:

—¡Tómala!

—¿Me permite usted que la guarde?—me dijo el pobre.

¿Qué hay en la tierra que pueda compararse á los goces de semejante momento?

—Señora, es que yo también he tenido hijos—me dijo el anciano cogiendo lo que yo le daba sin hacer caso alguno de ello.

Cuando pienso que será preciso meter en el colegio á un niño como Armando y que sólo me quedan tres años de tenerle á mi lado, me dan escalofríos. La instrucción pública segará las flores de esta infancia bendita á todas horas y *desnaturalizará* estas gracias y estas adorables franquezas. Será

preciso cortar esta cabellera rizada que tanto he cuidado, peinado y besado. ¿Qué harán de esta alma de Armando?

Y tú ¿qué haces? ¿qué es de tu vida? ¿Sigues amando á Felipe? te hago esta pregunta porque el sarraceno no me inspira cuidado. Adiós; Nais acaba de caerse; y, si quisiera continuar, esta carta sería un volumen.

## XLVI

## La señora de Macumer á la condesa de la Estorade

1829.

Mi buena y amable Renato: Los periódicos habrán hecho llegar á oídos tuyos la horrible desgracia que me ha acaecido; no he podido escribirte ni una letra; he permanecido á su cabecera durante veinte días y veinte noches, recibí su último suspiro, le cerré los ojos, le velé piadosamente con los sacerdotes, y recé por él la oración de los muertos. Me impuse el castigo de estos asombrosos dolores, y, sin embargo, al ver en sus labios serenos la sonrisa que me dirigía antes de morir, no pude creer que mi amor le haya matado. En fin, *él no existe y yo existo*. ¿Qué puedo decirte á ti, que tan bien nos has conocido? Las dos frases subrayadas lo dicen todo. ¡Oh! si alguien me asegurase que podía llamarle de nuevo á la vida, daría mi parte de cielo por lograrlo. El volver á verle, aunque sólo fuese por dos segundos ¿no sería respirar con el puñal fuera del corazón? ¿No vendrás tú pronto á decirme esto? ¿No me amas tú bastante para engañarme?... Pero no, tú me has dicho ya antes que yo le causaba profundas heridas... ¿Es verdad? Sí, tú tienes razón, no he merecido su amor, lo he robado. Ahogué la dicha con mis insensatos abrazos. ¡Oh! escribiéndote, ya no estoy loca, pero comprendo que estoy sola. Señor, ¿qué puede haber en vuestro infierno que sea más terrible que lo que encierra esta palabra?

Cuando se lo llevaron, me acosté en su misma cama, esperando morir, pues sólo una puerta nos separaba y yo me creía con fuerzas bastantes para empujarla. Pero ¡ay de mí! era demasiado joven, y, después de una convalecencia de cuarenta



días, durante los cuales me alimentaron empleando todas las espantosas invenciones de una triste ciencia, me veo en el campo, sentada á mi ventana en medio de estas flores que él hacía cuidar para mí, y gozando de esta magnífica vista que sus miradas contemplaron tantas veces y que tanto se aplaudía el haber descubierto, porque me agradaba. ¡Ah! querida, cuando el corazón está muerto, el dolor de cambiar de sitio es inaudito. La tierra húmeda de mi jardín me hace temblar, porque la tierra es como una gran tumba, y creo andar sobre *ella*. La primera vez que salí, sentí miedo y me quedé inmóvil. ¡Qué lúgubres son sus flores sin él!

Mi padre y mi madre están en España; ya sabes lo que son mis hermanos, y tú no tienes más remedio que permanecer en el campo; pero tranquilízate, porque los ángeles vinieron hacia mí. El duque y la duquesa de Soria, esos dos seres encantadores, se apresuraron á acudir al lado de su hermano. Las últimas noches contemplaron á nuestros tres dolores tranquilos y silenciosos en torno del lecho donde moría uno de los hombres verdaderamente nobles y grandes, que son tan raros y que nos son superiores en todo. La paciencia de mi Felipe fué divina. La presencia de su hermano y de María animó por un momento su alma y apaciguó sus dolores.

—Querida—me dijo con la sencillez que usaba en todo,—iba á morir olvidándome de dar á Fernando la baronía de Macumer. Es preciso hacer de nuevo el testamento. Mi hermano, que sabe lo que es amar, me perdonará este olvido.

Debo la vida á los cuidados de mi cuñado y de su mujer, que quieren llevarme á España.

¡Ah! Renato, sólo á ti puedo decirte la importancia que para mí tiene ese desastre. El sentimiento de mis faltas me agobia, y amargo consuelo es confiártelas, pobre y desatendida Casandra. Yo le maté con mis exigencias, con mis infundados celos, con mis continuos caprichos. Mi amor era tanto más terrible, cuanto que teníamos una misma exquisita sensibilidad, hablábamos el mismo lenguaje, él lo comprendía admirablemente todo, y muchas veces le llegaban mis bromas, sin que yo lo sospechase, al fondo de su corazón. Nunca podrías imaginarte hasta dónde aquel querido esclavo llevaba su obediencia: le decía á veces que se fuese, y me dejaba sola, salía sin discutir mis caprichos, con los que sin duda sufría. Hasta que exhaló el último suspiro me bendijo, repitiéndome que una sola mañana pasada conmigo, valía para él mucho más

que toda una vida con cualquiera otra mujer amada, aunque ésta fuese María Heredia. Al escribirte estas palabras lloro.

Ahora me levanto á las doce, me acuesto á las siete de la tarde, invierto un tiempo tonto en mis comidas, ando lentamente, permanezco una hora delante de una planta, contemplo las hojas, me ocupo con gravedad de frivolidades, y adoro la sombra, el silencio y la noche. En una palabra, que combato las horas y las traslado con sombrío placer al pasado. La paz de mi parque es la única compañía que deseo; encuentro en él en todo las sublimes imágenes de mi dicha, extinguidas, invisibles para todos, pero elocuentes y vivas para mí.

Mi cuñada se arrojó en mis brazos, cuando una mañana le dije:

—¡Me son ustedes insoportables, porque los españoles tienen en el alma algo de grande de que carecemos nosotros!

¡Ah! Renato, si no estoy muerta, es porque sin duda Dios da, unida á la desgracia, fuerza para resistirla. Sólo nosotras, las mujeres, sabemos la extensión de una pérdida, cuando ésta consiste en un amor sin hipocresía, en un amor selecto, en una pasión duradera, cuyos placeres satisfacían á la par al alma y á la naturaleza. ¿Cuándo encontraremos un hombre tan lleno de cualidades que podamos amarle sin ser serviles con él? Encontrarlo es la mayor dicha que podemos conseguir, y no creo que podamos encontrarlo dos veces. ¡Hombres verdaderamente fuertes y grandes, en los que la virtud se oculta bajo la poesía, cuya alma posee un encanto superior, hechos para ser adorados, guardaos de amar, porque causaríais la desgracia de vuestra mujer y la vuestra! Eso es lo que yo grito en las calles de árboles de mis bosques. ¡Y ni un hijo suyo! Este inagotable amor que me sonreía siempre, que sólo me proporcionó goces y dicha, ha sido estéril. ¡Soy una criatura maldita! ¿Ocurrirá acaso que el amor puro y violento sea tan infecundo como la aversión, del mismo modo que el extremado calor de las arenas del desierto y el extremado frío del polo impiden toda existencia? ¿Será preciso casarse con un Luis de la Estorade para tener familia? ¿Se celará Dios del amor? ¡Qué locuras digo!

Creo que tú eres la única persona á quien podré soportar á mi lado; ven, pues, porque tú sola debes estar con una Luisa afigida. ¡Qué día más horrible aquel en que me puse de luto! Cuando me ví vestida de negro, me dejé caer sobre una silla, lloré hasta la noche, y lloro aún recordando aquél terrible mo-



mento. Adiós, el escribir me cansa; tengo demasiadas ideas y no quiero continuar expresándolas. Trae á tus hijos, puedes criar al último aquí, pues yo ya no estaré celosa. *Él* ya no existe y mi ahijado me causará gran satisfacción, porque Felipe deseaba un niño que se pareciese á tu pequeño Armando. En fin ¡ven á tomar parte en mis dolores!...

## XLVII

Renato á Luisa

1829.

Querida mía: Cuando esta carta llegue á tus manos, no estaré lejos de ti, porque parto algunos instantes después de habértela enviado. Estaremos solas. Luis tiene que permanecer en Provenza á causa de las elecciones que van á tener lugar; quiere ser reelegido, y los liberales han tramado ya algunas intrigas contra él.

Voy para consolarte, y llevo únicamente mi corazón para hacer compañía al tuyo y para ayudarte á vivir. Voy á ordenarte que llores: es preciso comprar de ese modo la dicha de poder unirse á él algún día, toda vez que su muerte no es más que un viaje que hace hacia Dios, y cuantos pasos des en la tierra en lo sucesivo te irán aproximando hacia Él. Cada deber cumplido romperá algun anillo de la cadena que os separa. Vamos, Luisa mía, te purificarás en mis brazos, é irás á él sin mancha, noble y perdonada de tus involuntarias faltas y acompañada de las obras que hagas aquí abajo en su nombre.

Yo escribo estas líneas á toda prisa, en medio de mis preparativos, de mis hijos y de Armando, que me grita: «¡La madrina! ¡la madrina! ¡vamos á verla!» de un modo que me da celos: ¡es casi tu hijo!

## SEGUNDA PARTE

## XLVIII

La baronesa de Macumer á la condesa de la Estorade

15 de octubre de 1833.

Pues bien, sí, Renato, tienes razón, te han dicho la verdad. He vendido mi palacio, he vendido Chantepleurs y las quintas de Seine-et-Marne; pero que esté loca y arruinada, eso ya es demasiado; ¡contemos! Vendido todo esto, me ha quedado la fortuna de mi pobre Macumer, que asciende á un millón doscientos mil francos. Voy á darte cuenta fiel de ellos como hermana bien instruída. Puse un millón al tres por ciento cuando estaba á cincuenta francos, y me procuré de ese modo sesenta mil francos de renta, en lugar de los treinta mil que tenía en tierras. Ir seis meses del año á la provincia, hacer allí arriendos, escuchar las lástimas de los cortijeros, que pagan cuando quieren, aburrirse como un cazador en tiempo de lluvia, tener especies á la venta y venderlas con pérdida, habitar en París un palacio que representaba diez mil francos de renta, cobrar fondos en casa de los notarios, esperar á cobrar los intereses, verse obligada á perseguir á la gente para obtener lo suyo, estudiar la legislación hipotecaria, tener, en fin, negocios en Nivernais, en Seine-et-Marne y en París, ¡qué fardo! ¡qué fastidios! ¡qué decepciones! y ¡qué pérdidas para una viuda de veintisiete años! Ahora, mi fortuna está establecida en hipotecas sobre el presupuesto. En lugar de pagar contribución al Estado, recibo de él, yo misma, sin gastos,